



á su fin con constancia y energía; ahora levanta la cabeza y quiere trastornarlo todo en derredor suyo. Se deshizo de los peligrosos argiraspidas y mandó asesinar á Cleopatra, hermana de Alejandro; condenó á muerte al sátrapa Pithon de Media, despojó del gobierno de la Persia al traidor Peucestas y llenó las provincias del Asia de hechuras suyas; pide cuenta á Seleuco de los tesoros de Babilonia, con los cuales recompensó su celo, y Seleuco, adivinando sus designios, huye á Egipto, cerca de Ptolomeo, introduciendo la alarma en todas partes.

Antígono era temible en efecto. El Oriente y Occidente se unieron contra él, y Casandro, Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco formaron una liga con el mismo objeto (315).

Para contrarrestar esta liga, Antígono se presentó á los macedonios como el vengador de Olimpias, como el libertador futuro de Alejandro y de Rojana, y como el restaurador de la libertad helénica. Al mismo tiempo que él formaba alianza con los etolios, sus lugartenientes expulsaban del Peloponeso y de la Grecia central las tropas de Casandro y de Polispercon. Aténas y Megara, Sicione y Corinto, fueron las únicas que resistieron (314).

Antígono persiguió á Lisímaco y Ptolomeo en Alisia y Caria, y se apoderó de Tiro (313). Su hijo Demetrio, que habia sido derrotado en Gaza por el sátrapa de Egipto (312), tomó la revancha al año siguiente, mientras su padre destruía á los confederados en un segundo encuentro (311).

Sin embargo, bajo otro punto de vista, Seleuco tomaba á Babilonia, y su entrada en esta ciudad daba origen á la «era de los seleucidas.»

Esto no obstante, Antígono conservaba la superioridad; pero estaba cansado de hacer la guerra de aquella manera, y se convino en que cada uno conservara sus conquistas. Casandro pagó por todos; debía dar la libertad y el trono de Macedonia á Alejandro Aigus, y la independencia á las ciudades griegas que habian evacuado sus tropas. Antígono adquirió un imperio compacto desde el Helesponto hasta el Eufrates y el Nilo, y dividía á todos sus enemi-

gos: la fortuna le sonreía, y podía creerse llamado á realizar grandes cosas.

Casandro, que lo perdía todo, apeló al crimen antes que ceder. Mandó dar muerte á Rojana y á Alejandro, evitando de este modo darle la Macedonia. Este crimen produjo en toda la Grecia un movimiento de horror contra el regicida; los macedonios todavía guardaban respeto y amor á la familia de sus reyes, y esto sólo fué bastante para promover una revolución. El viejo Polispercon, que acechaba la ocasión de vengarse de Casandro, hizo venir de Pérgamo á Hércules, hijo natural del conquistador.

Este jóven príncipe fué recibido con entusiasmo, y á los pocos dias poseía toda la Macedonia.

Esto sirvió de ocasión para cometer un crimen aún más odioso: los dos generales de Alejandro hicieron un tratado infame (310). Casandro y Polispercon ajustaron como si fuera una mercancía la sangre del héroe. El primero ofreció el Peloponeso y cien talentos; el otro aceptó y mandó degollar al pretendiente. Toda la deshonra de esta horrible trama recayó sobre Polispercon, y el traidor no pudo disfrutar el precio del asesinato, porque el Peloponeso le despreció.

Eludiendo de esta suerte los tratados, Casandro se extendía por la Grecia. Seleuco adquirió en tres años la Persia y toda la Alta Asia: una expedición al Oriente y al Sur le permitió llegar hasta la India; en el año 308 habia sometido todos los países desde el Eufrates hasta el Indo. Ptolomeo conquistó la isla de Chipre. De esta manera se habian robustecido los tres aliados: la guerra debía comenzar de nuevo.

Casandro rehusa evacuar las ciudades griegas. Ptolomeo invade el Asia Menor, ocupa á Andros y manda tomar á Sicione y Corinto.

Antígono estaba muy cerca. Su hijo Demetrio se apodera en represalias de Aténas y de Megara; la Grecia le recibió con los brazos abiertos. Aténas participó del entusiasmo y de la bajeza; concedió á los dos príncipes el título de reyes y dioses salvadores, les erigió altares y les ofreció sacrificios. Es verdad que De-



metrio habia mandado hacer una distribución de trigo, y que habia comparado á la ciudad de Minerva con un fanal que iluminaría al mundo. Por último, se habia hecho dueño de los atenienses por este atractivo invencible, por el encanto de su libertad (1); pero en el fondo y principalmente consideraba á la ciudad de Minerva como medio para poner el pié en Grecia (2).

El dios salió del Pireo y fué á batir á Ptolomeo á la vista de Chipre; el proyecto era magnífico. Antígono y Demetrio tomaron el título de reyes y se ciñeron la frente con una venda sagrada. La máscara estaba arrojada, no se pensaba más en la familia de Alejandro: Cleopatra fué muerta por orden de Antígono. Tesalónica estaba á su discreción. El ejemplo de los vencedores fué seguido, y porque no se creyese que por haber sido derrotados una vez habian perdido el valor, Ptolomeo, Lisímaco, Casandro y Seleuco se proclamaron reyes igualmente. Esto complicaba más y más la dificultad de quién sería el que en definitiva sería rey universal.

Antígono hizo un último esfuerzo y atacó el Egipto por todas partes. Pero tuvo que retroceder; Ptolomeo hizo celebrar sacrificios solemnes por esta restauración. Demetrio cercó á Ródas; pero su famosa máquina la *tomadora de ciudades*, helépole, fué impotente esta vez; y los rodios quedaron libres para levantar estatuas á Poliorcetes, que se retiró.

La fortuna amenazaba á los dos reyes. Seleuco se extendía por el Oriente y penetraba en la India; las comunicaciones y el comercio estaban asegurados por sus victorias, y en Grecia, Casandro, dueño de la Beocia y del Peloponeso, sitiaba á Aténas y amenazaba el Asia Menor.

Era necesario hacer frente á todo (303). Demetrio pasa al Atica, arroja á Casandro y vuelve á triunfar en Aténas. La ciudad democrática le recibió con entusiasmo y alojó al rey en el Parthenon; *era éste un huésped poco casto para una diosa virgen* (3), según Plutarco.

(1) Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*.

(2) Plutarco, *Demetrius*.

(3) *Ibid.*, *ibid.*

Las plazas públicas no eran bastantes para sus estatuas; se dió un decreto que declaraba «santo con respecto á los dioses, y justo, con respecto á los hombres, todo lo que agradara al rey Demetrio. Era un espectáculo verdaderamente deshonoroso el que ofrecía Aténas con las bajezas á que se sometía el pueblo; pero esto es lo propio de la democracia antigua, cruel cuando triunfa, cobarde y vil cuando está abatida.

Demetrio marchó en persecución de Casandro; le derrotó en las Termópilas, y le quitó todas las ciudades, libertando á toda la Grecia, lo mismo á la península que al continente, y proclamando la libertad, lo cual era una verdadera irrisión.

En la grande asamblea del Istmo de Corinto, los pueblos helénicos le nombraron *general de las tropas de la Grecia*, como á Filipo y Alejandro. Demetrio creyóse el representante del conquistador. Iniciado, sin necesidad de aprendizaje, en los misterios eleusinos, se presentaba con los atributos de Baco ó de Apolo y daba su nombre á las ciudades.

Pero una nueva alianza unió á Casandro el vencido con Ptolomeo, Seleuco y Lisímaco: *La comedia va á convertirse en tragedia, las risas en lágrimas* (1).

Demetrio estrechaba de cerca á Casandro. Larisa y Féres habian caído en poder del conquistador de ciudades, y se dispone á conquistar la Macedonia; pero Antígono le llama al Asia. Lisímaco habia desembarcado en el Asia Menor, y las provincias marítimas le obedecían ya: Antígono le detiene, pero Ptolomeo habia invadido la Judea y la Fenicia y Seleuco está en Capadocia.

Todos los ejércitos se encontraron en la Frigia; Antígono empezaba á comprender que *la liga no se disolvería tan fácilmente como una bandada de aves que roba trigo* (2).

Habia llegado el momento solemne; la suerte del mundo iba á jugarse una vez más en la batalla de Ipsos. La lucha fué larga y encarnizada; era un combate á muerte. Antígono mu-

(1) Plutarco, *Demetrius*.

(2) *Ibid.*, *ibid.*





rió en la acción. Demetrio se arrojó con su flota sobre la Grecia, dejando el Asia para que se la repartieran los vencedores; todo el imperio de Antígono fué destrozado, despedazado como si fuera una presa.

Lisímaco tomó el Asia Menor, Seleuco el Asia Central y Ptolomeo el Asia Marítima. La dominación de Alejandro había muerto para siempre. El gran cuerpo reunido por su mano no podía subsistir después de él; había entre los pueblos que le formaban muchas antipatías de razas, entre los príncipes muchos ambiciosos que se odiaban, para que la unidad fuera posible. Esta unidad había sido intentada muchas veces; y en verdad, si alguno hubiera podido esperar la realización de los proyectos de Alejandro, éste era indudablemente el valiente y afortunado Antígono. Todo le sonreía; era rey de la mitad del imperio; el Oriente y el Occidente le recibían con entusiasmo; le tenían por dios, como á su señor; una sola jornada bastó, sin embargo, para destruir todo su poder. La muerte le devoró, como á todos los pretendientes al imperio universal. Por otra parte, no había llegado aún la época de semejante dominación. Todos los pueblos estaban cansados de combatir y de vender sus tesoros, su sangre y su nacionalidad á los extranjeros. Bajo el cetro del dios Alejandro el Oriente había podido temblar; pero esto le era dado solamente á él; así es que todos sus sucesores quebrantaron su poder al intentar imitarle.

La ambición les cegaba: uno sólo, Ptolomeo, el disimulado sátrapa de Egipto, había comprendido su papel. Cuando en derredor del lecho fúnebre de la monarquía pedía una parte y la independencia, sabía perfectamente que era una locura llevar adelante semejantes proyectos, y que *se necesitarían diez Alejandro donde hubo nada más que un Darío*; porque había visto que todas las naciones unidas por la fuerza acababan por negarse á obedecer, y se sublevaban reclamando sus derechos, su individualidad. Además, mientras que los otros se perdían por su loca ambición, él se encerraba en Egipto, le hizo libre, le devolvió lo que había perdido desde Cambises, su nacionalidad, y cuando, vivificado por el genio helénico, se vió

grande, fuerte y poderoso, estrechó más los lazos del Estado reconstruido por sus cuidados, se identificó con el pueblo, que le llamó salvador (*soter*), y en fuerza de hacerse egipcio, conservó su reino.

Lo que Ptolomeo concibió desde el principio, Seleuco lo ejecutó por su parte. Simple jefe de la caballería, tomó parte en todas las reparticiones, ganó más que ninguno, y haciéndose el hombre necesario del Asia Central, formó un magnífico imperio. Su generosidad contrastaba con la rudeza de Antígono; tenía un fausto oriental y una especial afabilidad. Sus grandes designios, su valor á toda prueba, sus maneras de rey, todo contribuía á ganarle las simpatías de los asiáticos; Babilonia misma se vanagloriaba de recibirle dentro de sus murallas.

La suerte del Asia estaba en manos de estos dos hombres. Después de tantos combates, crímenes y traiciones, el mundo empezaba á respirar; los asuntos iban poniéndose en claro.

Sin embargo, no estaba todavía resuelto todo. El hijo de Antígono, el *conquistador de ciudades*, Demetrio, vivía aún; había salvado su flota y conservaba sus puertos. Á pesar de la defección de Atenas, que había tenido tiempo de desterrar á todos los reyes por un decreto especial, y de echar con honor á la mujer del monarca vencido, la guerra iba á comenzar nuevamente.

La discordia empezó entre Seleuco y Lisímaco con motivo de una alianza entre el rey de Tracia y el de Egipto, y dos años después de la batalla de Ipsos, el hijo de Antígono vencido, el fugitivo, se vió obsequiado por el gran rey de Siria, que le pedía á su hija. Demetrio acepta y hace suya la Cilicia, de la cual despoja, adelantándose, al hijo del rey de Macedonia. Después hace alianza con Ptolomeo, y cuando Seleuco le reclama la Cilicia, Tiro y Sidon, contesta que *aun cuando perdiera mil batallas como la de Ipsos, jamás compraría tan cara la amistad de su yerno*.

Después procuró afirmarse en el Occidente, donde conservaba á Atenas, que él llamaba su ciudad.

Un oscuro ciudadano, Leocaris, la tiraniza-



ba, ayudado por los desórdenes, y se atrevió á cerrar el Pireo al hijo de Antígono. Lleno de cólera Demetrio, la sitió; la desgraciada ciudad fué reducida á tal estado de hambre y de miseria, que «habiéndose caído un ratón del techo de la habitación en que estaban reunidos un padre y un hijo, riñeron por quién de los dos había de comerle» (1).

Leocaris se retiró al fin, los atenienses creíanse perdidos; pero Demetrio, después de imponerles miedo, les perdonó generosamente, contentándose con poner una fuerte guarnición en el museo. Después marchó sobre el Peloponeso: Arquidamo, el rey de Esparta, era partidario de Macedonia; Demetrio le derrotó en Mantinea, y como hizo en otro tiempo Epaminondas, mostró á las mujeres de Esparta el humo de un campo enemigo. Luégo que se apoderara de la ciudad, se haría dueño de todo el Peloponeso. De repente llega á su noticia que Lisímaco y Ptolomeo le han tomado todas las plazas de Cilicia y de la costa, y abandona el sitio y se retira, dirigiéndose á conquistar la Macedonia.

El rey Casandro había muerto el año 298, y sus dos hijos, Antipatro y Alejandro, se disputaban el trono. En la contienda, Antipatro mata á su madre Thesalónica, una de las hermanas de Alejandro, que fué la última víctima.

La Macedonia se levantó en masa contra el parricida, y Alejandro llamó al rey del Epiro.

Pero en esta época de movimientos excepcionales, el destino de Pirro el Eacida era el más excepcional de todos. El pequeño reino del Epiro, que desde el hijo de Aquiles y los tiempos de la guerra de Troya permanecía ignorado detrás de la Macedonia, va á ocupar momentáneamente la atención de la Europa y del Asia, y será como una transición y un lazo entre los dos mundos. Todo esto fué obra de un valiente aventurero.

Perseguido desde su nacimiento por los asesinos de su padre, salvado por una especie de prodigio, nacido para las grandes empresas, dotado de un genio inquieto y audaz hasta el

(1) Plutarco, Demetrio.

exceso, impetuoso como Aquiles, su abuelo, Pirro había traído del campo de Ipsos un reflejo del espíritu conquistador de Seleuco y de Antígono. Aliado de Demetrio mientras tuvo necesidad de pelear y de conquistar provincias, buscando siempre utilidad para los suyos y gloria para él, se arrojó con avidez sobre la Macedonia y tomó una buena parte en la desmembración.

Demetrio llegó en el interin para hacer más crítica la situación del hijo de Casandro. Alejandro, para evitar la conquista, intenta asesinarle, pero Demetrio se le anticipó y le dió muerte en Larissa; después aplaca á los macedonios, y es proclamado rey. Antipatro murió poco después de Lisímaco, y ya nada alteró la nueva toma de posesión.

Después de tantos obstáculos, Demetrio era dueño de un reino y todo parecía sonreírle. Sus máquinas, batiendo las murallas de Tébas, tomaban esta plaza y le aseguraban la Grecia Central; Ptolomeo se reconciliaba con él; su viejo amigo Lisímaco acababa de caer prisionero en poder de un reyezuelo bárbaro. La ocasión era buena para vengarse: marchó contra la Tracia; pero Tébas se subleva inmediatamente, Lisímaco recobra la libertad, y el batallador Pirro invade la Macedonia.

Ciertamente que Tébas fué castigada, destruido el Epiro y los macedonios derrotados en la Etolia por Pirro; pero no por esto el vencedor fué más estimado por los vencidos; era valiente como Alejandro, y como él indomable.

Por otra parte, Demetrio disgustaba á sus súbditos por su rigor y su lujo fastuoso: ridiculizaba á Alejandro como ridiculiza un histrión á un héroe en el teatro. Siempre se presentaba vestido con ropa de púrpura bordada de oro; usaba un calzado lleno de púrpura, dorado todo por la parte superior, y se mandaba hacer un manto de un trabajo admirable, en el cual estaba bordada la figura del mundo, las estrellas y los círculos celestes (1). Su desmesurada ambición, su impaciencia, su pasión desenfrenada por los placeres, le impidieron fun-

(1) Plutarco, Demetrius.